

La celebración del IV Domingo de Cuaresma nos hace caer en la cuenta de que ya hemos superado la mitad de este tiempo de gracia que Dios nos concede para que examinemos nuestra vida y la orientemos más decididamente hacia Dios. Viene oportuno recordar aquí la apremiante exhortación de San Pablo: "La noche está avanzada; el día se avecina. Despojémonos, pues, de las obras de las tinieblas y revistámonos de las armas de la luz" (Rom 13,12). La Cuaresma comenzaba con la exhortación de Cristo: "Convertíos y creed en el Evangelio". Si no nos convertimos y creemos en el Evangelio ahora, ¿quién nos puede asegurar que tendremos otro tiempo de gracia?

Todo el Evangelio de este domingo es una larga exposición hecha por Jesús mismo a Nicodemo, el magistrado judío que vino a verlo de noche. El tema dominante es el de la fe en Cristo como condición necesaria para poseer la vida eterna. Se repite varias veces que la fe en él es lo que opera nuestra salvación.

Evocando un episodio del Antiguo Testamento, Jesús formula una analogía: "Así como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así tiene que ser levantado el Hijo del hombre, para que todo el que crea tenga, por él, vida eterna". Podemos decir, de paso, que al hacer esta comparación, Jesús da por descontado que Nicodemo tiene plena familiaridad con el Antiguo Testamento y con todo lo que Moisés obró en medio del pueblo. Pero también el evangelista Juan da por descontado que todos sus lectores tienen esa misma familiaridad con dichos episodios. En efecto, no se detiene a explicar la comparación pues confía en que es clara para ellos. ¡Ojalá pudiera decirse lo mismo hoy día de los cristianos que leemos este texto! Para no arriesgarnos a que permanezca incomprendible, es mejor recordar el hecho evocado. Después de la salida de Egipto, en una de sus muchas rebeliones, el pueblo logró irritar a Dios. Dios mandó entonces serpientes venenosas que mordían a muchos y morían. Se arrepintió el pueblo de su pecado y pidió a Moisés que intercediera ante Dios. Dios le ordenó hacer una serpiente de bronce y ponerla sobre un mástil, diciéndole: "Todo el que haya sido mordido y la mire, vivirá". Moisés hizo lo que Dios le ordenó, y ocurrió que "si una serpiente mordía a un hombre y éste miraba la serpiente de bronce, quedaba con vida" (cf. Num 21,4-9).

Es sólo una comparación. En realidad, en la palabra de Jesús hay mucho más. Es obvia la alusión a su cruz, pues en ella fue levantado Jesús de la tierra. Pero en lugar del simple "mirar", cuando se trata del Hijo del hombre, Jesús habla de "creer". No basta con "mirar" a Jesús en la cruz, como era el caso ante la serpiente de bronce; a Jesús tam-

bién lo miraron los judíos que lo crucificaron. Es necesario "creer" que esa muerte expió nuestros pecados porque el que así moría era el Hijo de Dios hecho hombre. Los sumos sacerdotes, los escribas y los ancianos de Israel se burlaban de Cristo en la cruz, diciendo: "Que baje de la cruz y creemos en él" (Mt 27,42). Ellos miraban a Jesús levantado en el mástil de la cruz y no creían. En cambio, el centurión y los que estaban con él custodiando a Jesús, al ver cómo había expirado, dijeron: "Verdaderamente éste era Hijo de Dios" (Mt 27,54). Estos últimos creyeron.

Por otro lado, los que habían sido mordidos por las serpientes venenosas y miraban a la serpiente de bronce sobre el mástil quedaban en vida, pero en esta misma vida mortal que poseían. Jesús en cambio habla de una "vida eterna". Así llama Juan a la vida divina que el hombre está llamado a poseer. En comparación con la vida eterna toda otra vida no es más que muerte. El ser humano nace a la vida eterna por la fe en Cristo. Esta vida la conocen solamente los que la poseen. Por eso no tiene sentido que la nieguen los que carecen de ella. Sería como si un muerto negara la vida o un ciego negara los colores.

Finalmente, en el caso de la serpiente de bronce elevada sobre el mástil, los que la miraban quedaban en vida por virtud de Dios que así lo había decretado. En cambio, los que creen en el Hijo del hombre elevado en la cruz, tienen vida eterna "por él". Es una afirmación de que Cristo es la fuente de vida eterna, él es la fuente de vida divina comunicada al hombre, porque él posee la plenitud de la divinidad. Lo dice ya el prólogo del Evangelio de Juan hablando de la Palabra: "La Palabra era Dios... en ella estaba la vida" (Jn 1,1.4). Y más claramente, el mismo Jesús expresa su igualdad con el Padre enseñando: "Así como el Padre tiene vida en sí mismo, así también le ha dado al Hijo tener vida en sí mismo" (Jn 5,26). Ellos tienen vida en sí mismos porque el Padre y el Hijo son el único Dios; nosotros tenemos también esa vida, pero comunicada por Cristo por pura gracia. En poseer esta vida consiste nuestra salvación y la realización de nuestra vocación, la única vocación del ser humano.

Para corroborar todo esto Jesús sigue diciendo a Nicodemo una de las frases más hermosas de toda la Biblia: "Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna". La medida del amor de Dios al hombre está revelada en Cristo crucificado. Cada uno puede considerar qué significa para su vida que Dios lo haya amado tanto. Sabemos qué significaba para San Pablo, que confiesa: "Vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Gal 2,20). La condenación consiste en no creer, es decir, en cerrarse a ese amor y amar más las tinieblas que la luz. Hacia el final del capítulo es Juan el Bautista el que da testimonio: "El que cree en el Hijo tiene vida eterna; el que rehúsa creer

en el Hijo no verá la vida, sino que la cólera de Dios permanece sobre él" (Jn 3,36).

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo Auxiliar de Concepción